

LOS VENCEJOS

Por M^a del Pilar Villalobos Moreno
Ecologistas en Acción de La Puebla de Montalbán

En esta tarde calurosa del otoño, que se prolonga en demasía seguramente por la influencia del cambio climático, mientras contemplo el sol poniente que tiñe el cielo de púrpura y naranja, una sensación de silencio me invade, cuando estoy sentada en una de las terrazas donde degusto una espumosa cerveza, al tiempo que disfruto de los bellos rincones de nuestra castellana plaza.

Enseguida caigo en la cuenta de que en el cielo faltan los vencejos y añoro los alegres carruseles que en vertiginoso alboroto de gritos piadores, acariciando casi con las alas los viejos edificios de la amplia plaza, celebraban el cálido verano.

Es el vencejo un ave parecida a las golondrinas pero mucho más desconocido que ellas a pesar de haber vivido durante cientos de años junto a nosotros. De hecho, hay muchas personas que le confunden con ellas a pesar de que existen notorias diferencias entre ellas.

Tienen las alas en forma de gaudaña para penetrar de forma aerodinámica en el aire, los ojos negro azabache, el pico desmesuradamente ancho, las patas muy cortas, la cola en una horquilla poco profunda y el plumaje negro con una corbatilla teñida en blanco sucio, nada parecido a la golondrina, que presenta el vientre blanquecino, la garganta roja y una llamativa y profunda horquilla en la cola.

Si los rasgos anatómicos son notoriamente diferentes, más aún lo son los caracteres biológicos.

Para empezar quiero decir que es un ave que no se posa nunca, con excepción de la época de reproducción, cuando por razones obvias se ven en la necesidad de posarse para la puesta e incubación de los huevos; pero como los jóvenes que inician sus primeros vuelos en primavera no se reproducen hasta los dos años, durante ese tiempo están volando constantemente sin tomar tierra en ningún momento.

Resumiendo, que los vencejos comen volando, beben volando y hacen las amorosas cópulas también volando.

El nombre científico de los vencejos es (*Apus apus*), es decir, sin pies, por aquello de la cortedad de sus patas, que no obstante están dotadas de unas fuertes garras que les permiten asirse a las paredes de los muros; de ahí la creencia de que cuando un vencejo cae al suelo no puede iniciar el vuelo, lo que es erróneo, porque lo pueden hacer sin ningún problema siempre que encuentren espacio suficiente para el despegue y cuando caen en las calles, los coches y otros obstáculos no se lo permiten.

Se alimentan de mosquitos que atrapan en vuelo abriendo su gran boca, en un nivel del aire superior al de las golondrinas y aviones y se calcula que cada día ingieren hasta su propio peso en mosquitos, que viene a ser unos veinte gramos. No sabría decir cuántos mosquitos son, pero sin duda varios miles.

Para beber se deslizan en vuelo rasante sobre la masa del agua y tocando con el pico la tersa superficie acceden al líquido elemento.



Inician la reproducción en el mes de mayo, nada más regresar de su viaje de invernada en África, después de recorrer unos cinco mil kilómetros; sin duda muy poco para ellos. Una vez afianzada la pareja, encontrado el hueco en el muro o el tejado que ya conocen del año anterior y tras realizar las cópulas en vuelo, para lo que la hembra se coloca bajo el macho y en una ágil acrobacia aérea realizan el acto sexual comienzan la reconstrucción del nido que consiste en aportar al hueco plumillas, pequeños papeles y restos vegetales que atrapan también en vuelo.

Ponen tres huevos de color amarillento que son incubados por el macho y la hembra y que eclosionan a los veinte días. Cuando nacen los pollitos, son alimentados con mosquitos que traen en el buche ambos padres. Si por alguna circunstancia, durante el periodo de ceba cambia el tiempo por la llegada de una borrasca y los adultos no encuentran insectos, los pollos se aletargan reduciendo el ritmo cardíaco a dos o tres veces por minuto, hasta que los adultos pueden volver a cazar y a alimentarlos; algo insólito en el mundo de las aves.

Cuando comienza a oscurecer en la cálida tarde veraniega, los carruseles familiares se van disolviendo lentamente y la alegre algarabía de los vencejos se va apagando. Es entonces cuando lentamente van ganando altura en la estival noche y a gran altura duermen volando, alternando breves aleteos con suaves planeos y descansando por turnos cada mitad del cerebro.

Lamentablemente la población de vencejos de nuestros pueblos va disminuyendo, pues lejos de agradecerles que nos libren de millones de molestos mosquitos, cada vez que se repara un edificio, en especial las iglesias, se les tapan todos los pequeños agujeros por donde ellos pueden acceder a los nidos y a cambio, cada vez nos vemos obligados a utilizar insecticidas químicos, que en su mayoría son venenosos y cancerígenos. ¡¡Difícil de entender el comportamiento humano!!